

DOCUMENTOS BOLIVARIOS DE AYER Y DE HOY

BOLIVAR HOMBRE POLITICO¹

José María Samper,
Historiador.

(1) Artículo escrito para el "Conservador" de Bogotá, del 24 de julio de 1883.

Nada es más digno de profunda meditación que el contraste que ofrece a la Historia la conducta de los hombres de Estado, cuando su edad, su genio mismo y el enlace vario de los acontecimientos les colocan en muy diversas posiciones. A las leyes naturales de psicología que rigen la vida individual, se añaden, en la vida política, las leyes de la lógica, no menos inflexibles cuando se fomenta una agitación revolucionaria, que cuando se ejerce una autoridad superior o un irresistible prestigio.

Vistas así las cosas, nada es más interesante en nuestra historia que el estudio comparativo de las ideas y los actos de Bolívar en las dos grandes épocas de su maravillosa vida pública; épocas perfectamente demarcadas por tres acontecimientos: la revolución de Caracas, de 1810; la reunión del Congreso de Cúcuta (1821), el cual constituyó definitivamente la República de Colombia y eligió como primer Presidente al Libertador; y la caída política de este mismo (en 1830), completada con su fallecimiento, y con la disolución violenta de la gran República que su mente había imaginado y sólo su brazo había podido sostener.

El temperamento del Libertador es uno mismo, en el fondo; por mucho que puedan modificarle los cambios de clima y de situación moral, y la declinación de su salud, desde 1826; y sin embargo, sus ideas forman el más marcado contraste de la primera a la segunda época. El hombre es siempre el mismo: nervioso, irritable en la contradicción; audaz ante el peligro; lleno de confianza en su estrella; ingenuo y franco en su decir, muchas veces hasta la rudeza que lastima el amor propio de los demás; dominador, sin dejar de ser insinuante y persuasivo; brusco en sus arranques, cuando algún acto ajeno provoca su indignación; incapaz de guardar rencor a nadie; altivo en el desdén con que mira a sus émulos o malquerientes envidiosos; generoso hasta la magnanimidad; desinteresado en todo lo tocante a bienes de fortuna, y parsimonioso para gastar los caudales públicos; modesto en el vestir y parco y sobrio con rigor y afectuoso y apasionado con las damas, y benévolo con el soldado y el menesteroso; pronto en sus resoluciones, e inclinado a tomarlas de improviso, bien que siempre medita mucho sobre el fondo de las cosas; adicto a los grandes proyectos y a todo lo sorprendente y brillante; impetuoso para el ataque, y prodigiosamente sufrido en la desgracia, a tal punto, que en ella despliega mayor fecundidad de recursos y actividad

para sostener la lucha; y tan soberanamente patriota, que aún su vasta y levantada ambición es siempre inseparable de patrióticas miras.

Si tal fue el hombre de siempre, no obstante cierto carácter melancólico y sombrío que en los últimos años tomaron su fisonomía, su lenguaje y apostura y sus escritos, ¿cuáles fueron sus ideas en las dos épocas de acción, separadas por la Constitución que dio forma, nombre y vida a Colombia? Dos personajes muy distintos caracterizaron aquellas ideas: primero, el caudillo revolucionario; después, el gobernante organizador. El primero fue radicalmente demoledor y hasta demagogo; el segundo, esencialmente conservador y autoritario. El primero invocó siempre el derecho de los pueblos, y en nombre de este derecho combatió todos los elementos de orden creados por la dominación española; el segundo invocó su propia gloria, el interés de toda la América y los principios de legalidad y estabilidad. Si la libertad armó su brazo de caudillo audaz y patriota, el orden abonó su autoridad de gobernante y de organizador de cinco repúblicas.

¿Hubo real contradicción o falta de lógica en esta política diversa del Libertador? Todo lo contrario: en él se verificó un fenómeno universal de ideología, consiguiente a las transacciones por las cuales pasa el espíritu del hombre, según su edad, su experiencia o su práctica de la vida, y las situaciones en que se va encontrando. Además, sucedió lo necesario, lo inevitable, lo que era verdaderamente lógico, según las necesidades de la América en sus dos grandes estados sociales y políticos: revolucionaria y combatiente primero, y después independiente y dueña de sus destinos.

Ningún hombre puede sustraerse, por grande que sea su inteligencia, a las leyes que rigen el desarrollo del alma y de sus convicciones. Poco más o menos, de los siete a los catorce años vive de pueriles anhelos; de los catorce a los veintiuno, de candorosas ilusiones sobre lo presente, de los veintiuno a los treinta, de entusiasmo generoso, ideas absolutas, aspiraciones filantrópicas y esperanzas que embellecen lo porvenir. Después de los treinta años vienen la reflexión, la experiencia de la vida, los grandes deberes y el reconocimiento de los obstáculos ante los cuales hay que detener o desviar el paso. A los cuarenta, van llegando los desencantos y los dolores profundos; comienza la declinación, y con ésta la melancolía propia de quien comprende que los resultados no corresponden a las esperanzas ni a los esfuerzos. Se reconoce

entonces que en este pobre mundo casi todas las verdades que la razón admite o puede comprobar son relativas; se encuentra que la Humanidad es más imperfecta y más rebelde al bien, de lo que se creía; se cosechan frecuentes amarguras, que son obra de la imprudencia propia o de la ingratitud ajena, y se comprende por experiencia que es incomparablemente más fácil de producir el mal, en un instante, que elaborar el bien, en largos años. . .

En esta sucesión de fases de la vida, y por tanto del alma, que es lo principal y dominante en el hombre, el espíritu (si tomamos los términos en su acepción rigurosamente científica) es de ordinario radical, por sus concepciones y tendencias, en la juventud; seriamente liberal, desde que comienza en él la madurez; sinceramente conservador, cuando entra en el período de la vejez, y hasta pesimista y reaccionario, en la plena ancianidad.

Esta es la lógica de la vida, sin que sus sucesivas modificaciones sean contradictorias; y a esta ley general de las evoluciones del pensamiento estamos todos sujetos, cualesquiera que sean las variedades de carácter y las excepciones, transitorias o constantes, de que los hombres den ejemplo. Bolívar no pudo sustraerse a la ley universal, y como hombre fue lo que debió ser; mayormente cuando en él fue prematura la vejez, precisamente por la vertiginosa rapidez con que gastó su vida, devorada por su propio genio, su grandeza de acción y de teatro, y la multiplicidad de las emociones que la agitaron sin cesar.

Pero también la vida política del Libertador fue dirigida por la lógica de los hechos sociales y de los acontecimientos. Determinemos la verdad de las cosas, y reconoceremos que su conducta en las dos grandes épocas de su carrera, fue dictada por la necesidad.

No es del caso examinar en este escrito las causas de la revolución americana en 1810. El hecho sólo de la simultaneidad y universalidad de la revolución, en todo el continente americano, establece la prueba de que esas causas eran generales, complicadas, históricas, profundamente fatales, y por lo mismo, de inevitable acción. El hecho es que la revolución estalló. ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Con qué elementos y por quiénes concebida y ejecutada? Aquí está la clave de todos los acontecimientos y fenómenos de la lucha y de la política americana.

Tres elementos, heterogéneos en su origen y su modo de ser, componían el mundo hispano-colonial: la sociedad exclusivamente

española y peninsular, que gobernaba sin contrapeso alguno, ya porque tenía el mando político y social, ya porque ejercía sobre la inmensa muchedumbre un poder verdaderamente feudal; la sociedad hispano-americana, en parte criolla, es decir, española por la sangre pura; pero nacida en América y en parte mestiza, que se iba formando por la acción del tiempo y de los cruzamientos, excluida de todo poder y toda autoridad; y más abajo, en inmensa autoridad numérica, la masa explotada, la materia bruta y absolutamente pasiva, compuesta de aborígenes sujetos al tributo y a la obediencia ciega, y de negros, mulatos y zambos esclavos, fruto de la forzada inmigración etiópica.

De estos tres elementos, el tercero, como que era esclavo, inerte, totalmente ignorante y sin voluntad alguna ni conciencia de su condición, equivalía políticamente a cero: era nulo como elemento de la revolución, por mucho que sus destinos estuviesen interesados o comprometidos en ella. Los otros dos eran y tenían que ser forzosamente rivales y antagonistas. Entre ellos tenía que mantenerse la lucha, y sólo ellos podían librarse los primeros y más terribles combates de la revolución. Se excluían por la naturaleza de las instituciones y costumbres y la lógica de la política colonial, y tenían que detestarse hasta hacerse la Guerra a muerte.

El elemento hispano-peninsular tenía de su parte la cuádruple fuerza de la tradición, de la autoridad y de los recursos y la acción del gobierno, así como de la superior riqueza de sus hombres; pero si tenía como respaldo todo el poder de la Metrópoli, le faltaban por completo, en el terreno mismo de la lucha, la simpatía de las muchedumbres populares, y aquella gran potencia moral que el hombre deriva de esta sola idea: "Yo combato por mi Patria, que es la tierra que piso"...

El elemento hispano-americano carecía de todos los recursos que se derivan del poder; pero era más numeroso, tenía de su parte el derecho a su Patria, le aguijaba la esperanza del advenimiento a mejor situación, que es una gran fuerza moral, y se componía de gentes que estaban en más estrecha relación con la masa popular: pequeños propietarios, abogados y médicos, mercaderes subalternos, miembros del bajo clero, así seglares como seculares, y artesanos o individuos que cultivaban algunas artes liberales.

Hacer los primeros pronunciamientos revolucionarios, por medio de los cabildos de las ciudades; proclamar la idea del gobierno

propio y formular las aspiraciones cardinales de la revolución, fue y pudo ser la obra exclusiva del partido patriota o hispano-americano. Se podía resolver el problema con la inteligencia y la audacia solamente. Pero desde el momento en que hubo resistencia y reacción del partido peninsular o español, la situación cambió y entonces el problema debió ser resuelto con la fuerza. El número entró en acción, y fue necesario contar con él.

¿Qué hacer para ganar el apoyo del número, si la muchedumbre era esclava, abyecta, profundamente ignorante, inconsciente de su derecho, inerte y nula como elemento político? Había que infundirla más que aliento: vida moral; había que darle un alma, un corazón y un espíritu que le faltaban; había que galvanizarla, ésto arrastrarla al combate y darla, por decirlo así, temperamento heroico.

Esta fue la obra de los Libertadores, de caudillos como Páez y Mariño, Rivas y Bermúdez, Zaraza y Arismendi, y Piar y tantos otros en Venezuela; y fue la de Nariño y Cabal; García Rovira y Valdés y Maza, Córdoba y tantos más en Nueva Granada; pero fue, sobre todo, la grande obra revolucionaria de Bolívar.

Donde quiera que se le vio excitando a las muchedumbres al levantamiento general para convertirlas, con las pruebas de la lucha, en pueblos; donde quiera que impropio legiones y suscitó la borrasca.

Vencido en Venezuela, volaba a restablecer la lucha en Nueva Granada; derrotado en Nueva Granada, u otra vez en Venezuela, iba a organizar en las Antillas expediciones invasoras; libertador del Centro de Colombia, tornaba a libertar el Norte y el Oriente; vencedor en Carabobo, después de Boyacá, iba a preludear la emancipación del Sur de Bomboná; y tras de la gloria de Pichincha, preparada por él, pero directamente alcanzada por Sucre, llevó el estandarte revolucionario hasta las alturas del Potosí, glorificándolo en Junín, Ayacucho, el Desaguadero y el Callao!

¿Cómo realizar tantas hazañas, sin el prodigio de improvisar numerosas legiones de patriotas, capaces de asombroso heroísmo y de constante sacrificio? Incendiando todo el sueño patrio con la llama de la revolución! Por eso Bolívar no solamente es revolucionario, sino hasta demagogo. Suprime de hecho todo gobierno de los patriotas mismos que no sea militar o de acción fulminante; invoca en todas sus vehementes proclamas el derecho de los pueblos, clamando contra los tiranos; decreta la abolición de

la esclavitud, del tributo de los indios y de cuanto puede mantener la muchedumbre uncida al yugo peninsular, y así las halaga para que sigan las banderas de la revolución; concede patentes de corso para desafiar en los mares el gran poder de España; proclama en todas partes que "solo el pueblo es soberano", y que es natural y santo el derecho a la independencia; convoca a todos los pueblos americanos a liga y alianza contra los poderes tradicionales que han dominado el Nuevo Mundo; presta todo el auxilio posible a la revolución, donde quiera que aparece en América; se aprovecha de la rivalidad de las potencias europeas para allegar recursos y legiones de auxiliares; convoca congresos constituyentes en nombre de la soberanía del número, reputada hasta entonces como herejía política, y hace dar constituciones que consagran el derecho de insurrección como principio; y por último, para jugar el todo por el todo, volviendo imposible la reconciliación entre las falanges contendientes, declara la guerra a muerte, y la mantiene durante algunos años, en represalia de las ejecuciones que desde 1810 han decretado los gobernantes y jefes españoles...

Así es como Bolívar logra volver formidable, irresistible la tempestad revolucionaria; así es como forma un pueblo de libertadores de sí mismos; así es como tiene elementos para combatir, forzando a los patriotas a encontrarse en este dilema terrible: "Vencer o morir"; así como difunde las ideas de Patria y Libertad, Independencia y República; así como hace surgir, bautizada con sangre santificada por el heroísmo, una civilización democrática del seno de la vieja civilización feudal, implantada por la conquista del siglo XVI y organizada por el régimen colonial

La obra es prodigiosa, pero ha de tener sus inevitables consecuencias. El día de la victoria, cuando la independencia esté asegurada, la lógica de los hechos creará nuevas y enormes dificultades: a la obra de la demolición sucederá la de la reconstrucción; y en pos de la tarea revolucionaria, —toda de sentimiento y sacrificio, puramente heroica—, vendrá la del gobierno y la conservación, toda de previsión y reflexión, esencialmente experimental y científica.

¿Con qué elementos se realizará la nueva obra? Con ruinas amontonadas por doquiera: ruinas de riqueza y de vidas, y sobre todo, de instituciones y tradiciones. Con una sociedad en cuyo seno falta ya el contrapeso del elemento conservador primitivo, el español o peninsular. Con muchedumbres exaltadas al grito de victoria, profundamente ignorantes, y que sólo han adquirido para

la vida política la idea del derecho y de la insurrección, sin la clara noción del deber y de la obediencia a la ley. En fin, con una falange de libertadores, hijos de las tres razas yuxtapuestas, adoctrinados en su mayor número, y sin más educación que la de los campamentos, los combates, el peligro y el mando casi siempre discrecional. Hombres que habían sido patriotas y héroes, pero que no habían tenido escuela para aprender a ser ciudadanos, y que de la gleba colonial se acababan de levantar hasta las alturas de la gloria y la aristocracia del sable vencedor!...

Bolívar, a fuer de patriota y hombre de su tiempo, reconoció que la forma republicana era condición necesaria de la independencia; pero también, a fuer de hombre de genio, de visión larga y profunda, comprendió que estas sociedades no podían pasar violentamente de la vida colonial de tres siglos y revolucionaria de más de diez años, a la de una democracia juiciosa, pacífica y correcta. Era necesario verificar la transición con la república conservadora, a cuyo amparo podía hacerse una educación popular suficiente para llegar, sin violencias ni grandes contratiempos, a las prácticas de una existencia notablemente democrática.

De estas convicciones, puestas de manifiesto en multitud de escritos y discursos, actos y conversaciones del Libertador, provinieron sus ideas sobre organización y gobierno de Colombia y del Perú y Bolivia. De ahí sus tendencias a la centralización política y militar, al mantenimiento de nacionalidades considerables, a la división del territorio en grandes departamentos administrativos, a la restricción relativa de la función del sufragio y de ciertas libertades, a la adopción de largos períodos de duración para los Presidentes y los Senadores y Diputados, y a la concesión, a los altos gobernantes, en guarda del orden público y de la autoridad colectiva, de ciertas facultades extraordinarias, propias para los momentos de crisis o peligro.

Y aún nótese que al proclamar estas ideas conservadoras, Bolívar hizo notable diferencia entre las necesidades e instituciones políticas de Colombia y las de Bolivia y el Perú. En Colombia se habían extendido a toda la población reducida a la vida civil, el conocimiento y uso de la lengua castellana, el espíritu cristiano y las tradiciones de altivez española y de sentimiento del derecho individual; el cruzamiento de las tres razas pobladoras del suelo, era mucho más intenso que en otras regiones de América; se había sostenido durante más de diez años una lucha porfiada y terrible que, removiendo fuertemente las pasiones y los intereses, ha-

bía contribuido considerablemente a despertar ideas y propagarlas, y crear cierta educación política de los pueblos; y por último, si con tan recio y prolongado batallar se había formado, principalmente en Venezuela, un poderoso elemento militar, no por eso dejaba de predominar el espíritu civil, debido a los muchos abogados y letrados que desde 1810 impulsaron el movimiento revolucionario y le dieron forma en muy liberales y adelantadas constituciones.

No aconteció lo propio en el Alto y Bajo Perú. Lima durante el régimen colonial, era una verdadera corte, a donde se habían trasplantado todas las tradiciones monárquicas y costumbres aristocráticas de España; la porción española era numéricamente insignificante, comparada con la inmensa masa indígena, tan embrutecida, que ni siquiera tenía nociones rudimentales de lengua castellana, y únicamente hablaba el quichua, en la mayor parte del país y el aimará en el Sur y Oriente del territorio que después se denominó Bolivia; y por último la independencia del Perú entero, menos que obra de la revolución peruana, demasiado tardía, lo había sido de los generosos auxilios de Chile y la República Argentina primero, y de Colombia después; por lo que el espíritu republicano no alcanzó a calar en la nación sino en 1826.

Así cuando Bolívar redactó y propuso la Constitución boliviana, destinándola principalmente a servir de ley fundamental de la República de Bolivia, pero con el vivo deseo de que el Perú la aceptase para sí mismo, de ningún modo tuvo el propósito de recomendarla a Colombia como un modelo digno de imitación para su propio gobierno. El Libertador reconocía que unas mismas instituciones no eran aplicables a Colombia y las dos Repúblicas del Sur, bien que en el orden general de sus ideas de organización y gobierno predominaba el espíritu conservador. Tanto más evidente fue esta disposición de ánimo del Gran Caudillo, cuanto él mismo, después de rechazar rotundamente la idea del establecimiento de una monarquía colombiana, aceptó sin vacilación los principios consignados por el Congreso admirable en la nueva Constitución (de 1830) bastante más liberal y democrática que la de 1821; aceptación que fue precedida del reconocimiento que había hecho el Libertador mismo de la necesidad de ensayar seriamente y con moderación el régimen federal.

Con todo, si las ideas de Bolívar fueron notoriamente conservadoras, desde 1821, ¿podrá afirmarse que el tiempo las ha justificado en lo sustancial? Cincuenta y dos años, posteriores al fallecimiento del Grande Hombre, años de luchas, de revoluciones y re-

acciones, de constante incertidumbre, de inestabilidad y agitaciones, que han transcurrido sin que en estas Repúblicas se funde nada bien sólido, ni se asegure el imperio simultáneo de la libertad y el orden, del progreso fecundo y la legalidad respetada; cincuenta y dos años, repito, de esta vida de la posteridad de Bolívar, han patentizado su justa previsión y su sabiduría.

No es lo mismo ver las cosas de abajo que de arriba. Lo que al revolucionario parece fácilmente hacedero, está erizado de dificultades para el gobernante. Muy diferente es la posición del caudillo combatiente que sólo tiene que contar con sus propias fuerzas y las enemigas, de la que tiene el hombre de Estado, a quien compete organizar una sociedad y reconstruirla con elementos relajados o destruidos. El que lleva sobre sí la enorme responsabilidad del gobierno, necesita preverlo todo, y ha menester luchar con fuerzas latentes y resistencias y dificultades que están en el fondo mismo de la sociedad y en la naturaleza de las cosas.

Bolívar comprendió que la consolidación del gobierno republicano era asunto de experiencia de los gobernantes y educación de los pueblos; y como ambos elementos faltaban, su sagacidad y perspicacia le indujeron a ser conservador en el gobierno, después de haber sido ardoroso revolucionario. No sin peligro se desata la tempestad de las pasiones populares; y para conducir las a buen fin hay que saberlas sujetar a tiempo.

Si la antigua Colombia hubiera mantenido desde su principio instituciones sabiamente conservadoras, hoy día, con la práctica y el natural progreso de las ideas y las costumbres, la Nueva Colombia tendría un gobierno sólidamente liberal, y su estabilidad sería fecunda en incalculables progresos. Como quiera, setenta y dos años de experiencia nos sirven de severa lección, y al cabo de ellos aparece Bolívar más grande ante la posteridad, como hombre político, así por el poderoso impulso que dio a la revolución, como por el sólido asiento que quiso dar a la República independiente y soberana.